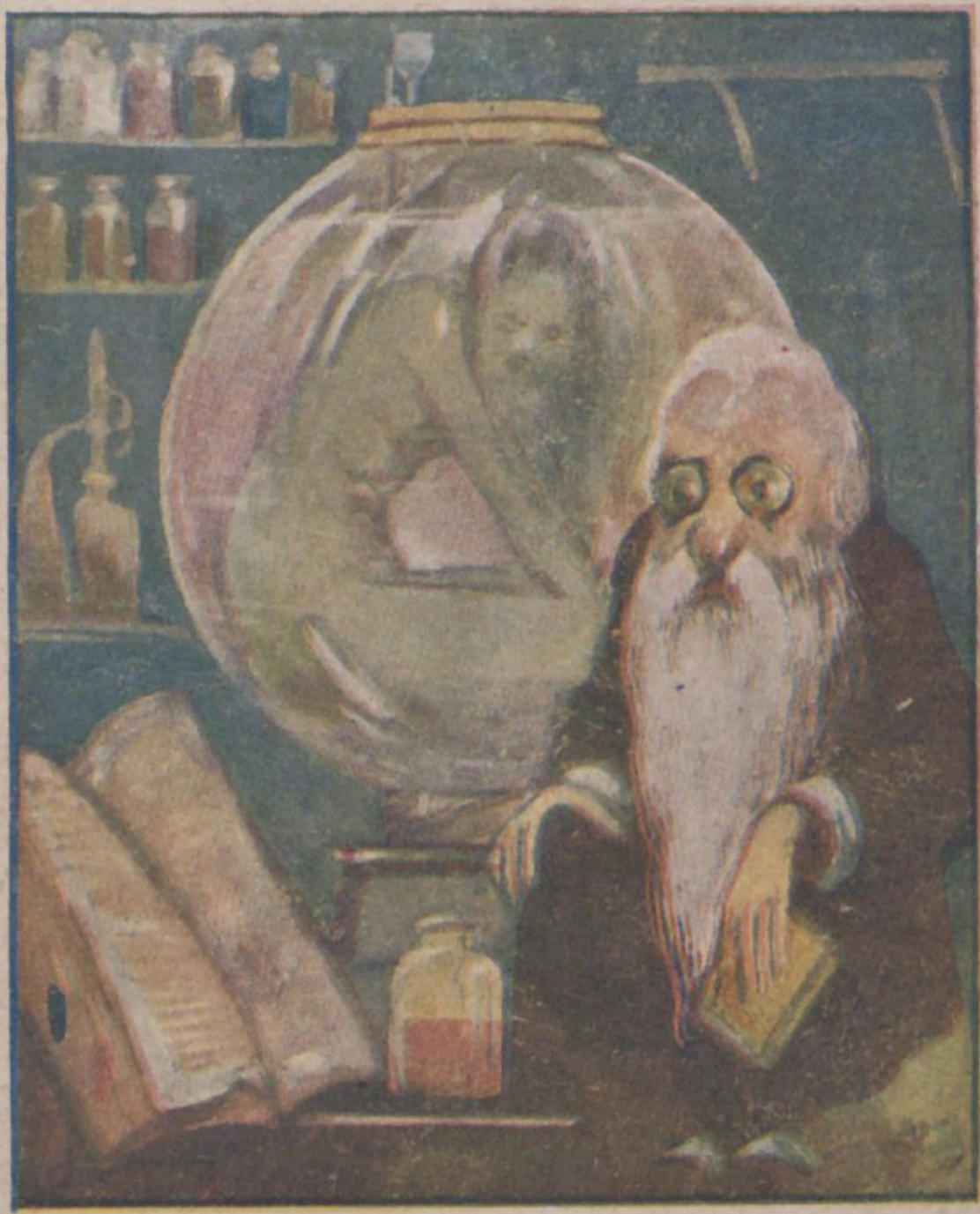
JOSÉ MÁS

NARRACIONES MISTERIOSAS



SEGUNDA EDICIÓN

NARRACIONES MISTERIOSAS

OBRAS DE JOSÉ MÁS

CUENTOS

Alma y materia (agotada).
Narraciones misteriosas.

LAS NOVELAS ALUCINANTES

El baile de los espectros (4.ª edición).
Los sueños de un morfinómano.

LAS NOVELAS DE LA MUJER

Soledad (3.ª edición).
Sacrificio (premiada).
Esperanza (premiada).

LAS NOVELAS SEVILLANAS

La Bruja (3.ª edición).
La estrella de la Giralda (3.ª edición).
La orgía (6.ª edición).
Por las aguas del río (octavo millar).

VIAJES

En el país de los bubis.

EN PRENSA

LAS NOVELAS DE CASTILLA

«El rastrero».

EN PREPARACIÓN

LAS NOVELAS SEVILLANAS

Hampa (quinta de la serie).

EN ESTUDIO

LAS NOVELAS SEVILLANAS

La locura de un erudito (sexta de la serie).

R.404442

COLECCIÓN MINIATURA

1
EC
717/1

JOSÉ MÁS

NARRACIONES MISTERIOSAS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
EDITORIAL GALATEA
Gran Vía, 16.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imprenta Sáez Hermanos. Norte, 21.—Madrid.

EL SECRETO DE HOMÚNCULUS (1)

(1) Inspirado en la novela fantástica de Benito Más y Prat, titulada *La redoma de Homúnculus*, obra que se publicará muy pronto en esta colección en un volumen extraordinario. Esta novela, que se ha traducido a varios idiomas, es casi desconocida en España.

Homúnculus, el viejo de barbas blancas de profeta, de ojos azules y penetrantes, el de la sonrisa irónica en su rostro lleno de arrugas, no ha muerto.

Vaga el viejecillo, dueño de secretos, por las márgenes del Rhin cuando las tardes agonizan en crepúsculo rojo y el sol se hunde como hostia de fuego en la orilla opuesta al Seminario, poniendo un brochazo leve y rosado en las aguas del río.

¿Va en busca de seminaristas como en otros tiempos? No. Homúnculus quiere vivir solo. ¡Floraia, su hija adorada, ya no existe! Ludovico la mató. Ya no se extiende por el campo en las noches estivales aquella melodía exquisita. Floraia ya no tocará jamás con sus manos de niña las cuerdas de su arpa. Cuando Ludovico, avejado prematuramente, llegó a las márgenes del Rhin, salióle al encuentro el lúgubre cortejo, con la inmensa desolación de lo inevitable, con todo el dolor de una felicidad que ha huído para siempre.

Yo, compañero de Ludovico

por haber estudiado juntos en el Seminario de Colonia, no desconocía su amistad con el hombrecillo y he sentido como una renovación de vida juvenil al encontrarme de nuevo con esa figurilla, que en la lejanía, mirada desde el campanario de nuestro colegio religioso, se destacaba solamente la mancha rojiza de su gorrito turco, como una amapola movible.

Sabía yo el triste fin de Ludovico Eiseman por el abuso de placeres sexuales y la muerte de Floraia, fanal de dichas para el viejo Homúnculus, que apagose en un instante por la cruel

bocanada de la negra sombra.

Yo, que ahora he vuelto a las márgenes del Rhin por prescripción médica, recuerdo con tristeza los sitios en donde mi extraño amigo y compañero se abstraía contemplando las lúbricas visiones que destrozaban lentamente su cerebro alucinado.

Como en aquellos tiempos, ahora también vende Homúnculus baratijas a los seminaristas, y éstos siguen riéndose de su figura desmedrada.

Una tarde, cuando las primeras sombras del anochecer encendían las estrellas en el cielo y la luna plateaba ya las aguas que

pasaban con ritmo musical, me encontré con Homúnculus, que volvía de su paseo vespertino y de coger algunas flores para la elaboración de sus perfumes, los cuales tenían fama de buenos en toda Colonia.

—¡Homúnculus!

Miróme el viejo, extrañado de oír en aquel sitio y a tal hora su nombre, y sin duda no me reconoció porque quitándose su gorrillo se inclinó respetuoso, mientras decía:

—Señor, ¿deseábais algo?

—Fatal memoria tenéis, querido viejo Homúnculus. ¿No os acordáis ya del antiguo com-

pañero de Ludovico Eiseman?

Inspeccionóme el hombrecillo fríamente al pronunciar yo el nombre de quien le había hecho sufrir tanto; pero después, arrepentido de su descortesía, me tendió su mano y, oprimiendo la mía con una fuerza de la que nunca le hubiera creído capaz, me dijo dolorosamente:

—¿Os han enterado de lo ocurrido?

—Sí, lo sé todo, amigo mío. Ludovico, antes de morir, se lo refirió a Flating el organista, y éste acaba de contármelo.

Hubo un silencio, que rompió Homúnculus para decirme:

—Ha anochecido y mi casa, que pongo a vuestra disposición, no está lejos de aquí. ¿Queréis acompañarme?

—¿Y si os interrumpo en vuestra labor? Sé que las noches las dedicáis a la elaboración de vuestros perfumes famosos y temería ser inoportuno—le contesté con las más respetuosas de mis palabras.

—De ningún modo. Estoy seguro que no vendríais a robarme las recetas de mis esencias; además, esta noche no trabajo y podremos hablar largamente. ¿Conocísteis a Floraia?—añadió el hombrecillo, pasando de un con-

cepto a otro con rapidez asombrosa.

—Sí; la ví vagar varias tardes por las orillas del río, cogiendo mariposas de colores.

Una sombra de tristeza pasó por el rostro del anciano.

Íbamos por una senda bordeada de juncos. A nuestra espalda ya, confundiéndose con el horizonte, distinguíase la mole inmensa y gris del Seminario, oculta su parte baja por la arboleda. Sus torres, esbeltas y finas, se yerguen como agujas clavándose en el azul del cielo tachonado de estrellas. Caminábamos en silencio, sin cruzar una sola palabra

desde que hablamos de Floraia.

La senda trazó una curva. El paisaje cambió. Lejos, frente a nosotros, vimos oscilar una lucecilla roja sobre la blancura plata de una casita.

He allí vuestra casa—me dijo Homúnculus.

Dirigí mi vista hacia ella. Tenía un solo piso, y en vez de techumbre ostentaba una especie de terrado cuadrangular, ceñido por una balaustrada de ladrillo y cubierto su pretil de búcaros y macetas con flores, a semejanza de las azoteas andaluzas.

Yo, que conocía su morada por la descripción que de ella me

había hecho Flating, sentía avivada mi curiosidad a medida que nos acercábamos a la vivienda misteriosa, donde Ludovico había gozado y sufrido tanto.

Pronto llegamos al término de nuestro viaje. Homúnculus tocó con uno de sus dedos algún botón invisible para los profanos, porque las puertas de la casita blanca se abrieron de par en par.

En el vestíbulo de mármol, con sus cuatro columnas de estilo jónico, la lámpara de bronce pendiente del techo abovedado, esparcía una luz amortiguada bajo su pantalla roja.

Un intenso olor a flores me

hizo vacilar, y al principio creí desvanecerme; pero a los pocos momentos pude serenarme y seguí a Homúnculus por un largo corredor.

De trecho en trecho noté que había unos elegantes pebeteros apagados y casi cubiertos por el polvo. En toda la casa, linda morada de duendes y de gnomos, adornada de zócalos de maderas preciosas y pavimento de mármoles, se notaba el abandono.

Un Apolo de alabastro tenía en sus manos una pequeña lira de oro; mas el polvo se había incrustado en ella, apagando sus fulgores.

—Todo sucio como cosa que ya a nadie interesa—exclamó el anciano al advertir que yo no perdía ni un solo detalle de lo que me rodeaba—. Floraia ya no existe; todo lo demás es secundario para mí. Pasad y tened cuidado con estos escalones.

A medida que descendía, la oscuridad era más densa. Confieso que sentí miedo.

Un rumor imperceptible para oído menos afinado que el mío, me sobresaltó momentáneamente, y cuando me disponía a defenderme de una probable agresión misteriosa, una luz azul envolvió la habitación e hizo tor-

nar a mi ánimo la tranquilidad perdida.

Homúnculus me miraba sonriente, y con esa peculiar superioridad de que Flating me habló cuando mi amigo Ludovico fué su huésped y discípulo.

—Os encontráis en mi estudio —me dijo afablemente.

—Extraño es, en verdad, mi querido Homúnculus.

Era una amplia habitación, pintadas sus paredes de color violeta, llenos los cuatro frentes de anaqueles de metal donde descansaban caprichosos frascos de diversos colores; en medio de la sala y sobre un trípode, surgía

una redoma. La luz azul daba una apariencia fantástica al estudio, y procedía de una linterna que, pendiente del techo, esparcía sus resplandores al través de su cárcel de cristal.

Tomé asiento en un sillón de terciopelo rojo a la galante invitación del hombrecillo, y, rogándome que lo dispensara, se fué a manipular sobre una mesa de ébano repleta de botecitos.

Creí que Homúnculus quería repetir la misma prueba que hizo con Ludovico descubriéndome los misterios de la diabólica redoma. Según Flating, allí se habían reflejado aquellas figuras desnu-

das de mujeres hermosas que llegaron a trastornar los sentidos de Ludovico, hasta el punto de que en una de las últimas visiones, no pudiendo resistir más las imágenes lúbricas que se reflejaban en el fantástico recipiente, y creyendo real todo cuanto veía, arrojóse sobre el satánico objeto, que, como frágil vidrio, se rompió en pedazos mientras el alocado joven caía al suelo herido por un cristal y Homúnculus lanzaba una estridente y sardónica carcajada.

El hombrecillo parecía que penetraba en mis pensamientos; sonrió de un modo singular y exclamó luego:

—La redoma de los deseos impuros la rompió Ludovico en mil pedazos; esa otra que veis ahí no guarda mas que una imagen querida y santa. Estad atento y no os mováis, os lo suplico.

La oscuridad nos envolvió por completo; creía asistir realmente a una escena de algún cuento fantástico de Hoffmann. De súbito, una luz amarilla se extendió por el estudio y puso en torno nuestro una nota sombría y tétrica. El rostro de Homúnculus, con sus barbas blancas, se destacaba en la sala misteriosa con una palidez sólo comparable a la de los muertos. Daba la sensación de

una momia que anduviese por medio de un especial mecanismo. Su mismo silencio sugería estas macabras comparaciones.

Todo se anegaba en un lago de luz amarillenta.

El líquido de la redoma también aparecía con un tinte sombrío.

—He aquí el santuario de mis recuerdos: Floraia aún existe para mí.

—Luego, ¿no ha muerto?—le dije, confuso ya por tan extrañas revelaciones.

—El alma es inmortal.

—¿Creéis en la otra vida?

—Creo que las almas volverán

a encontrarse para gozar de las dichas eternas.

—Esa es una hipótesis que no descansa sobre base sólida.

—¿Sois materialista?—me preguntó Homúnculus.

No supe qué contestarle; el hombrecillo lo afirmaba todo con un aire de superioridad que me hizo enmudecer.

—¿Quién puede vanagloriarse de ser dueño de la verdad única? Está muy lejos todavía de este mundo miserable y ruin—añadió Homúnculus a guisa de final de discusión.

Sobre el tablero de la mesa había puesto una linterna que en-

cendió a bastante distancia de la redoma. Con un lente enfocó el líquido, que adquirió al momento un color rosado.

Los ojos de Homúnculus despedían vivas luces, brillándole unos puntos rojos como rubíes en el centro de sus pupilas.

De improviso vi algo prodigioso, indescriptible. El líquido de la redoma empezó a hervir como alimentado por un fuego oculto. Después, bajo el cristal todo se aquietó, dibujándose entonces las líneas todavía imperfectas y difusas de una figura de mujer. Luego no pude ahogar una exclamación de asombro, y grité:

—¡Floraia!

Hormúnculus no contestó. Los ojos penetrantes del viejecillo se inmovilizaban en la imagen de su hija, que palpitaba en la redoma con todo el encanto de su juventud. El rostro de la encantadora niña estaba animado de una dulce sonrisa, y sólo faltaba el movimiento para que la sensación de realidad fuese completa. Cubríase púdicamente con un peplo, que hacía destacar áún más su hermosura, llena de gracia y de candor.

El viejecillo casi se había olvidado de mí. Yo, inconscientemente, movido por la curiosidad,

me levanté, acercándome a la mesa donde tenía la linterna; pero un leve ruido que hice denunció mi presencia a Homúnculus; rápido como el pensamiento mató la luz, y todo quedó en sombras.

—No tengáis miedo—díjome el hombrecillo mientras la sala volvía a iluminarse con la luz amarilla; al nacer esta luz no estaba ya la linterna sobre la mesa; el líquido de la redoma aparecía a mi vista con su primitivo color. La imagen de Floraia habíase desvanecido.

—¿Cómo conseguis reflejar la figura de vuestra hija como

si fuese una realidad viviente?

—¡Recursos de la Ciencia! Esa redoma donde aparece la imagen de Floraia no tiene valor real para mí. Nada veo en ella de material; mis sentidos sólo sirven de conductores a la sensación interna que se produce en el centro de todas las energías, donde convergen todos los rayos de esa luz misteriosa, de ese algo indescifrable que llamamos alma. ¿Amáis el recuerdo?

—Muchísimo; pero es triste soñar en cosás pretéritas que hemos gozado con ellas y que se han desvanecido por ese cruel elemento que todo lo destro-

za y que nombramos tiempo.

—Sois de un pesimismo desconsolador; veis las cosas bajo el prisma de lo material; si creyérais que nada muere, que todo se transforma y que nada se pierde, el recuerdo de vuestros días felices os ayudaría a vivir.

—El panteísmo os ha seducido a juzgar por lo que decís; vos creéis que lo finito no es mas que lo infinito en una de sus infinitas determinaciones, como decía Hegel.

—Así es; vos, en cambio, sois materialista; pero perdonad que os diga que no lo sois por convicción. Vos sentís, como todos,

que algo desconocido se yergue sobre nuestra alma y lucha con los prejuicios. Existen en vos dos personalidades abstractas, si cabe la expresión. El yo, y el no yo, el eterno dualismo de nuestra exis tencia misteriosa.

—¿Habláis de la conciencia?

—No; la conciencia es a modo de un juez que oye las querellas de esas dos personalidades antagónicas.

Hubo un silencio. Y después, arrastrado por un impulso de sinceridad, respondí:

—Homúnculus, sed franco. Vos sufrís horriblemente por la falta máterial de Floraiá, a pesar

de todos vuestros optimismos. La imagen reflejada en la redoma sólo sirve para avivar vuestra angustia. Os he visto inclinado mientras vuestro rostro se entristecía y esperábais ansioso que la voz de vuestra hija resonara en esta casa silenciosa; pero ni su voz, ni las cuerdas de su arpa resonarán jamás. No améis el recuerdo. ¿Véis como lo material es el todo para la felicidad de nuestra existencia?

Homúnculus no contestó; quizá comprendió toda la desoladora amargura de esta pregunta.

Después de unos momentos, y temblándole la voz, me dijo:

—Siempre tropezamos contra lo inaccesible.

Era tarde y me despedí del hombrecillo; le prometí volver pronto a reanudar nuestras conversaciones filosóficas.

Yá fuera de la casita, el viento de la noche me despejó el cerebro. Las estrellas brillaban limpiamente en la serenidad de un cielo azul; sobre los árboles, la luna dejaba el regalo de su luz, y en el terrado de la casita de Homúnculus una palmera movía su copa, mientras el viejecillo me despedía agitando en el aire su pañuelo blanco...

MIENTRAS EL SABIO DUERME...

Don Oscar Mendizábal, catedrático de Literatura, Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica, ex consejero de Instrucción Pública, licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho Civil y Canónico, individuo correspondiente de las Reales Academias de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla y de las Sociedades lingüísticas de Stokolmo, Londres, París y Amberes, ex diputado a Cortes y ex concejal del Ayunta-

miento de Madrid, que por todo este rosario de títulos atendía según testimoníabase en su amplia tarjeta, lo suficientemente amplia para que pudiesen entrar con holgura tantos nombres, hallábase absorbido en su trabajo preparando la cuarta edición de una Historia Literaria, que había de servir de pasto intelectual a sus numerosos discípulos.

Era don Oscar hombre ya algo maduro, de ojos inteligentes y profundos, que brillaban bajo la abombada y tersa frente del pensador. A su baja estatura la hacía aún más insignificante sus crecidas barbas blancas, que se des-

madejaban rebeldes sobre el pecho.

Una quietud misteriosa envolvía el despacho donde laboraba don Oscar. Estaba iluminada la habitación por una lámpara eléctrica, que en reposo yacía sobre la mesa, rodeada, amortiguada y recogida la luz por una pantalla verde que dejaba en una suave y grata semiobscuridad lo restante del despacho.

Armarios con hileras de libros descansaban sobre las paredes y algunos retratos de hombres célebres negreaban en los marcos de caoba. De pronto el reloj del despacho se agitó y en un apagado

temblor metálico despidió doce campanadas. Después volvió el silencio, roto a pausas por el ruído casi imperceptible de la pluma al correr sobre el papel.

Don Oscar escribía en estilo declamatorio:

«Así como el sol surge por el Oriente rasgando los cendales de las últimas sombras en un triunfo de luz y de esplendor, asimismo por el Oriente nació la Filosofía y la Literatura.

»El Egipto, La Caldea, La China...»

Don Oscar fué interrumpido en sus elucubraciones literarias por un visitante inoportuno. Sintió

que le pesaba el cerebro más que otros días, tal vez por la «Historia Literaria» que llevaba dentro. Se le cerraron los ojos y la pluma cayó sobre el papel salpicando de tinta el Egipto, La Caldea y la China; don Oscar tuvo un sueño. ¡El, que había arremetido en su *Preceptiva* contra los literatos que acudían al tan socorrido y manido recurso del sueño para explicar las cosas más inverosímiles! Decididamente, don Oscar aquella noche estaba poseído de los demonios, porque a pesar de estas consideraciones se le pobló el cerebro de fantasmas.

Silenciosamente, del tomo en-

cuadernado en pasta inglesa y en letras doradas de las tragedias de Esquilo, vió que salía como en un maravilloso juego de nigromancia, un muñeco de papel. El muñeco aplastado al salir, semejante a una fina vitela se iba elevando por la parte superior del ejemplar; diríase que una mano oculta lo empujaba hacia arriba; al salir del todo, quedó rígido sobre el canto dorado. Después, poco a poco, se fué redondeando hasta adquirir relieve, flexibilidad y movimiento en sus músculos y en sus articulaciones. Daba la impresión de una persona vista con unos gemelos al revés. De un sal-

to se bajó del libro. Tenía casi la misma altura del volumen. Después, por las columnas del estante fué descendiendo hasta que llegó al suelo y allí por el palo de una silla se subió a la mesa y con descaro, sentóse cómodamente en la escribanía. Era ésta regalo de un alumno y fingía en caoba y marfil una especie de paseo con un árbol donde había un barómetro; los tinteros simulaban los bancos. En uno de ellos se sentó cómodamente aquella extraña figura que parecía de carne y hueso.

Fijóse don Oscar en aquel inesperado visitante y vió que no cu-

bría su cuerpo ni la más leve gasa; pero notó que tenía las muñecas acardenaladas y que en uno de sus costados ostentaba una espantosa cicatriz.

Poco a poco y de varios libros colocados en los estantes fueron saliendo en la misma forma que en el de Esquilo, aquellos muñecos de papel que tomaban color y movimiento una vez separados de los volúmenes, y todos pasaban a la mesa del sabio, unos sentándose sobre el pisapapel, otros sobre la escalerilla de las plumas, cuales en el cenicero, cuales en los bordes algo levantados de la carpeta que cómoda-

mente podían servirles de asiento. Y hasta uno de ellos, con risita irónica y mala intención, se subió por la brillante y delgada barra de metal de la lámpara, y colocándose sobre la pantalla verde empezó a hacer burlas a don Oscar tirándole bolitas de papel.

Era verdaderamente diabólica aquella aglomeración de personajes minúsculos, como muñecos de Guignol, con trajes y maneras tan opuestas. Los peplos griegos se confundían con las clámides romanas; las armaduras de la Edad Media con la púrpura y el oro de las vestiduras orienta-

les; las vistosas prendas del siglo XVIII con los vulgares y antiestéticos vestidos del siglo XIX.

—¡Que hable, que hable Prometeo, nuestro presidente!—dijeron todos con voces chillonas y discordantes de muñeco mecánico.

Prometeo.—Os he congregado esta noche para protestar de la vida ficticia que nos han infundido nuestros respectivos padres. Verdad es que seguimos reinando en el cerebro del mundo; pero si nos hubiesen dejado obrar con libertad estaríamos a más altura. Yo no perdono á Esquilo el sufrimiento a que me ha tenido

sujeto durante mi vida. Todavía conservo la cicatriz del ave fatídica que ensangrentó mis entrañas.

El hombre que se ríe.—Es cierto. Mi padre que Dios confunda, con delectación me desfiguró el rostro después de haberme destrozado el alma. Odio a Víctor Hugo.

Pablo y Virginia.—También nosotros acusamos a Saint-Pierre de su crueldad. Virginia—dijo entonces Pablo—, esperando mis brazos, no se hubiese ahogado por el pueril temor de que se le viesen las pantorrillas. Nuestro padre fué un majadero—añadió

colérico ocultándose con su amada detrás de la papelera.

Orlando Furioso.—Pues ¿y ese repugnante de Ariosto, que entrega a mi amada Angélica a un miserable sarraceno? ¿Qué gratitud puedo guardarle?

Dafnis y Cloe.— Renegamos de Longo, nuestro padre. Vamos por el mundo y sólo oímos decir: «Ahí van Dafnis y Cloe; ¡qué inocencia, qué candor!» Y esto lastima nuestro amor propio; no somos tan tontos como nos creen.

Tartarín.—A mí Daudet me ha puesto en ridículo.

Rafael.—¡Y el cursi de Lamar-

tine que jugaba con mis más puros sentimientos en párrafos de retórica huecos y extravagantes!

Hamlet.—Y a mí Shackespeare me ha dejado en la duda cruel. Además, los mejores pensamientos que se tienen por suyos son de su amigo Bacon. Puedo probarlo.

La Maslowa. — Tolstoy me unió a su vida de crápula; con mi dolor convirtióse en asceta. El diablo harto de carne...

Cándido. — Yo aplastaría a Voltaire; ese gran cínico ha extremado mi optimismo hasta convertirme en imbécil.

Salambó.—Yo también pro-

testo de Flaubert; no sabía historia ni yo nunca tuve amores con ese miserable libio que los dioses confundan.

Fausto.—Yo no quise volver a la juventud ni tuve tratos con el demonio.

—¡Guerra, guerra a nuestros creadores! — clamaron algunos héroes de Schiller y de Walter Scott.

Ante Prometeo avanzan ahora varias figuras románticas: Atala y René, de Chateaubriand; Don Juan, de lord Byron; Don Álvaro, del duque de Rivas, y todos alzan sus brazos maldiciendo a sus creadores.

Después desfilaron las figuras más salientes del realismo y, por último, delgadas, marfileñas y descoloridas como muñecos frágiles de porcelana, se lamentan las princesitas de los lagos azules y de los castillos encantados que crearon los modernistas, simbolistas y decadentes.

Una algarabía monstruosa de chillidos y voces discordantes estalló sobre la mesa. Prometeo aconsejó la calma; pero los muñecos estaban nerviosos y tiraron los papeles al suelo.

Sancho, el muñeco gordo y pequeño que era el que se había subido sobre la pantalla de la

luz, reía de la idiotez de sus compañeros y su risa de palurdo iba acompañada de una mirada de desprecio hacia aquellos muñecos descontentadizos.

De pronto dió un grito de alegría; cuando el estruendo era mayor apareció Don Quijote. Sancho notaba ya tan insólita ausencia; era un muñeco imponente porque había salido del volumen mayor de la biblioteca: un tomo grande lujosamente encuadernado. Don Quijote, con su alta y delgada figura, dominaba a los demás muñecos. Éstos, al advertir la presencia de Don Quijote, se agruparon con terror en

un ángulo de la mesa; unos se ocultaron debajo de la carpeta, otros detrás de la papelera y algunos disimuladamente huyeron encerrándose en sus libros.

Y Don Quijote en pie, sin Rocinante, pero lanza en ristre, habló así:

—¡Fementida canalla; follones y malandrines!: ¿por qué protestáis de lo más sagrado, de lo más grande que os han infundido vuestros progenitores? ¿Qué sería de vosotros sin ese soplo creador que os ha transformado de vuestra insignificancia de átomos en algo completo y definitivo? Así palpitáis en el cerebro y en el pen-

samiento de miles de generaciones, mientras que sin el hálito del artista seguiríais siendo átomos o a lo más muñecos de papel. Yo os emplazo a franca y descomunal batalla y ¡vive Dios! que os haré a todos trizas si volvéis a murmurar de lo que no debe murmurarse nunca.

—¡Bravo, bravo!—respondió Sancho descendiendo de la lámpara para ponerse al lado de su amo y señor. Un muñeco de padre desconocido, el que más derecho tenía a quejarse de su obscuro y fugaz paso por la tierra, se puso también al lado del hidalgo manchego.

Pero no fué preciso. Los muñecos silenciosos y atemorizados fueron deslizándose de la mesa. Sólo algunos cuando ya estaban en sitio seguro, dentro de sus correspondientes volúmenes, asomaron la cabeza por el canto y exclamaron con ironía y fingida piedad:

—¡Pobre Don Quijote, tu locura es inmortal y grotesca!

Y lanzando nuevas y estridentes risas desaparecieron del lomo de los libros. Don Quijote oyó despreciativo aquellas burlas y hundióse en su rico volumen de cantos dorados, seguido de su fiel escudero que le decía:

—Hemos ganado una nueva batalla. Supongo que la ínsula que me habéis prometido no se hará esperar mucho.

—No sientas impaciencia por nada, Sancho amigo, que todo vendrá por sus pasos contados. De sabio es no perder nunca la esperanza en lo porvenir.

—Sea como vuestra merced lo ordene—respondió el escudero, y separándose de Don Quijote volvió a la mesa y dióle la última broma a don Oscar. Con toda su fuerza dejó caer la lámpara encima del catedrático. Al golpe, don Oscar Mendizábal se despertó sobresaltado. Conservaba en su mano de-

recha el hilo de la luz eléctrica. Seguramente—pensó—, con el amodorramiento, al cambiar de postura, he tirado del hilo inconscientemente. Puso en pie la lámpara. Recordó extrañado la estrambótica pesadilla; se pasó la mano por la frente para desvanecer las últimas imágenes del sueño y la pluma rasgueó de nuevo en el papel:

«El Egipto, La Caldea y la China, marcan los primeros pasos de la civilización...»

Y el sabio catedrático siguió impertérrito su maravilloso trabajo de vulgarización literaria.

LOS OJOS DEL MUERTO

El pueblo extiende sus casas chatas, negruzcas y sucias en la falda de la montaña. Dos hileras de árboles yerguen sus ramas sin hojas en los bordes de un arroyo. Las tierras de labor descubrían al sol agonizante del crepúsculo sus torsos plomizos, sajados en líneas iguales por la cuchilla penetrante del arado.

En una de las orillas del arroyuelo se destacaron las siluetas

de dos hombres. Eran de alta estatura y de ancho tórax.

De improviso, uno de ellos se detuvo y miró con jactancia de bravo a su acompañante. Después, sonriéndose con malicia y aprestándose a la acometida, le lanzó este reto:

—Oye, Juan; aquí no hay más que dos caminos. O me das tu palabra de no dirigirte a la Rosa, o nos jugamos la vida ahora mismo como dos hombres de corazón y de riñones.

Altivo y temblándole los labios de rabia esperó la respuesta. El otro, enseñando su blanca dentadura, apretada por el furor y bri-

llándole metálicamente las pupilas, contestó al mismo tiempo que guardaba la distancia:

—Me parece, Enrique, que entre nosotros sobran las explicaciones. Ahora deben hablar otras lenguas.

Y, dando un salto atrás, sacó de su faja roja una navaja de afilada punta.

Silencioso, tranquilo, confiado en su destreza, el otro se preparó también y esperó con la misma sonrisa irónica el ataque de Juan. Éste, más joven, más nervioso y exasperado por la tranquilidad de su adversario, atacó primero. Encorvándose y escudando el pecho

con su brazo izquierdo, dió un salto de tigre y tiró un corte al rostro de su enemigo; pero aquél, más ducho en estas lides, esquivó el golpe. Entonces empezó una lucha horrible, monstruosa, de pesadilla. Movíanse con vertiginosa rapidez, saltando de un lado a otro. Las navajas trazaban en el espacio círculos, espirales y zigs-zags. Ellos se alzaban, se inclinaban, se enroscaban como verdaderas serpientes, no dejando al descubierto más que el brazo izquierdo guardado por la chaqueta y el brazo derecho amenazador, contraída la mano donde brillaba la hoja de acero aguda y

fatal. En los ojos encendíanse imágenes de alegría feroz, cuando algún golpe bien dirigido abría un surco en la carne tibia y dejaba una mancha roja en las ropas.

Juan hizo un esfuerzo prodigioso, y en un salto de fiera logró que su cuchilla entrase algunos centímetros en el muslo de su contrario; pero la violencia del choque le hizo perder pie y cayó en las mismas plantas de su adversario. El miedo tembló en sus pupilas, que brillaron y se agrandaron más. Enrique dió entonces un grito de triunfo, y, valiéndose de la inferioridad pasajera de su

enemigo, levantó el brazo y hundió el arma con ensañamiento una, dos y tres veces en el pecho de Juan. Ni una exclamación de dolor lanzó el vencido. Quedó quieto, agarrotado, silencioso. Unicamente sus pupilas abiertas miraban al cielo extáticas, como petrificadas por el terror del instante supremo.

El matador salió bien de la lucha. Se palpó el cuerpo. Sólo tenía algunos arañazos húmedos por la sangre. Herida no sufría más que la del muslo; pero insignificante, porque no había interesado tejidos de importancia. Se ató un pañuelo para evitar la he-

morragia y pudo andar sin grandes molestias.

Había anochecido. Los árboles ponían su nota de penumbra y de misterio bajo el cielo oscuro. Las ramas parecían brazos inverosímiles que se alzaban para denunciar el crimen oculto.

Enrique, el barbero, comprendió que no tenía momentos que perder. Era necesario ocultar el cuerpo de la víctima. Quiso acercarse al cadáver, pero el miedo lo detuvo... Venciendo su resistencia se decidió a empujar al muerto para que cayese en el cauce seco del arroyo. Allí había pensado abrir una fosa. A mediados

de otoño correría el agua. Y estando hecho el hoyo con hondura suficiente, el cuerpo no saldría a la superficie.

Miró por los campos próximos. Ni un alma. Sólo de allá, del otro lado del monte, venía el aullido insistente de un perro.

Una sombra de inquietud pasó por su rostro. Necesitaba un azadón o un pico para cavar la fosa. No se le ocultó lo peligroso que sería entrar en el pueblo. Al salir inspiraría sospechas. Se detuvo de nuevo. Vino a su cerebro la idea más fácil. La huída. Recapacitó. El cadáver permanecería allí, a la vista de todos, y enton-

ces él estaba perdido. Sabían en el lugar la inquina que se tenían porque cortejaban a la misma moza. —Nada, es preciso que desapareza el muerto... Era el único modo de burlar a la justicia. Iría a alguna choza y pediría una azada. Desechó esa idea también. Se comprometería. Razonaba con clarividencia, como si se tratara de un plan madurado por el estudio. El instinto de conservación le hacía astuto y hábil.

Un sudor frío bañaba su rostro. La herida del muslo le escocía. Anduvo unos pasos y respiró satisfecho al observar que no co-

jeaba. Siguió por un terreno que bordeaba el cauce del arroyo. De pronto lanzó un grito frenético de alegría. Sobre la tierra se destacaba el mango de madera de un instrumento. Era un pico. Con su nervudo brazo lo levantó en alto como a una bandera. Ya no se preocupó de su herida. No la sentía. Empezó su trabajo. La tierra estaba dura. La faena resultaba difícil. El pico no servía para separar los terrones. Tuvo que valerse con las manos. Febrilmente arañaba, y todo lo revuelto por el pico arrojábalo a varios metros de distancia, para poder iniciar el hueco de la fosa.

Los dedos le sangraban, pequeños pedruscos se le clavaban en la piel. No obstante, seguía trabajando con ardor. Oía los latidos de su pecho a pausas cortas y desiguales. Sentía una opresión terrible en las sienes. Descansó un poco y volvió a la tarea con más brío.

La macabra operación quedó terminada. El sudor inundaba la frente del asesino. Subió a la orilla del arroyuelo y se acercó al cadáver. Todo en silencio. Sólo el viento cimbreaba las ramas escuetas de los árboles. Acercóse más y retrocedió espantado. Las pupilas del muerto seguían abier-

tas, extáticas, fijas en su matador con una inmovilidad siniestra. La vida arrancada violentamente había dejado en su rostro una expresión indescriptible. Toda la fuerza, todas las emociones, todo el odio de los últimos momentos y todo el terror se habían concentrado en las pupilas trágicas.

Un temblor nervioso agitó el cuerpo del criminal. Estuvo a punto de caer desvanecido, pero al fin pudo reponerse. Dió un paso, cerró los ojos, y cogiendo al cadáver por la ropa, tiró de él. La mole inanimada de aquel cuerpo sin vida deslizóse por el declive del arroyo y cayó en el

cauce. Fué un ruido sordo, inquietante, estremecedor.

Otro perro aulló lejano; más triste, más sombrío el aullido, como anuncio de muerte.

Serenóse algo. Con un pañuelo se enjugó el sudor que corría por su rostro. Venciendo su temor acercóse de nuevo al cadáver. La mirada del muerto brillaba metálica con estrías blancas y rojas. También allí había caído en posición supina. ¿Aquellos ojos le perseguirían siempre? Con el pie acercó al vencido a los bordes de la fosa. Calculó la distancia para que cayese en el hoyo, boca abajo. Hecho esto, empujó con todas

sus fuerzas al muerto; rodó unos instántes y oyóse después la caída del cuerpo pesado y hostil.

Se asomó. Retrocedió espantado. Las pupilas seguían resplandeciendo en la oscuridad de la noche.

El cadáver había caído boca arriba, mirando al asesino.

Obsesionado, y convulso, pero comprendiendo que el temor le invadía a medida que pasaba el tiempo, no quiso luchar más y locamente empezó a echar tierra encima hasta cubrir la fosa. Después salió corriendo con dirección al pueblo. En el camino, dos o tres veces tuvo que ahogar

un grito de angustia. Las luces de las casas lejanas le parecían, titilando en la noche, las pupilas del muerto.

* * *

En Villavieja no se hablaba de otra cosa. Hacía tres días que había desaparecido del pueblo Juan, el hortelano. Como no tenía familia, al principio, creyó la gente que estaba en la capital, adonde solía ir con frecuencia para vender las hortalizas y los frutos de su huerto.

Alguien, con malicia socarrona de campesino, había dicho que quizá daría razón de Juan *su*

buen amigo Enrique, el barbero.

Un aldeano, zorro viejo, de esos que con la lengua hacían más daño que con un puñal envenenado, se dejó decir que el maestro barbero no afeitaba como antes, y para demostrar la veracidad de su afirmación mostraba una pequeña cortadura en una mejilla, que le había hecho la inexplicable torpeza del maestro. Y añadía, recalcando las sílabas:

—Desde hace tres días no tiene seguridad en la mano y parece que afeita con un serrucho.

El barbero aumentó considerablemente su parroquia. Todos,

por comprobar las palabras del viejo, se afeitaban allí; y la otra barbería se quedó sin clientes. El caso era grotesco en fuerza de ser trágico. Y todos salían diciendo lo mismo que el aldeano socarrón.

* * *

Avanzaba el otoño. Las primeras nubes dejaron caer la lluvia en abundancia.

El barbero, que hasta entonces no había sentido deseos de volver al lugar del crimen, con el cambio de la estación se despertó en él una curiosidad insana y atrayente como un abismo.

Y una tarde desapacible y fría se dirigió al sitio de la tragedia. Cruzó el campo, pasó por la hilera de árboles y se detuvo en la orilla derecha del arroyo. El cauce tenía bastante declive y el agua corría con fuerza. Miró al punto trágico. El fondo del arroyo se levantaba por allí algo más y notó con inquietud que el agua arrastraba de aquella especie de montículo algunas piedras.

El barbero pasó unos momentos de terrible emoción. Ahora se daba cuenta de que con la prisa no había ahondado todo lo necesario. Absorto, fijo, como anegado en una locura tranquila, si-

guió allí, observando siempre el paso de las aguas; era indescriptible la angustia que se dibujaba en su semblante cuando la corriente arrastraba de aquel sitio una piedra o desmoronaba un terrón.

Estuvo así una hora, dos, no se sabe; la noción del tiempo no existía para él. Sólo cuando la noche cubrió de sombras los campos dejó su observatorio y regresó al pueblo. Por fin dormiría tranquilo. Los ojos del muerto habían desaparecido para siempre.

* * *

Al día siguiente no se quejaron los parroquianos de su barbería. El maestro había adquirido de nuevo su habilidad. Ni uno solo se dolió del peso de su mano, ni hubo que gastar tafetanes en involuntarios cortes; pero al atardecer, el barbero volvió a sentir el deseo irresistible del día anterior. Parecía que había allí algo que lo llamaba imperiosamente, algo que atenazaba su voluntad, algo que le obligara, a pesar de su repugnancia y de su miedo. Rápido, febril, sin detenerse un instante, atravesó los campos y se instaló de nuevo en su observatorio.

Las aguas traían más corriente que la tarde anterior; con más frecuencia saltaban del sitio trágico las piedras y se desmoronaba la tierra.

No llevaría más que dos minutos de ansiosa espera, cuando del fondo se desprendió una piedrecilla esférica y achatada. Después, algo oscuro que se desvaneció en el agua, y clara, limpia, brillante, acerada, con la sombría e inquietante fuerza del misterio, surgió, bajo las aguas cristalinas, una pupila del muerto...

Un grito estentóreo, de una amargura desgarradora, resonó en los campos. El barbero, fuera

de sí, con las órbitas desencajadas, seguía mirando, obsesionado por aquella pupila trágica, que entraba ardiente, como una llama, en lo profundo de su conciencia.

Aún temblaba el cuerpo del asesino, estremecido de terror, cuando otra piedra, saltando como por un mecanismo infernal, dejó al descubierto la otra pupila, más aterradora, más cruel, más satánica que la primera. Era de una fuerza de misterio intensísima verlas brillar en el fondo del arroyo. El cuerpo del muerto seguía oculto; no se descubría ni un trozo de la cara. Unicamente,

triunfadoras, solitarias, se estremecían las pupilas. El agua se reflejaba en el cristal, y, al pasar, daba la impresión de que tenían movimiento. Era algo monstruoso la insistencia de aquella mirada eterna e implacable.

Agitóse nuevamente el barbero, como atacado por movimientos epilépticos, y lanzando una ruidosa carcajada se lanzó al arroyo. Sus dedos, agarrotados como los de un vesánico, se hundieron con saña en la blandura gelatinosa de las pupilas. En las cuencas vacías y sanguinolentas, aun seguía viendo brillar el asesino la mirada estremecedora.

LA VENGANZA DE LAS FLORES

I

Señorito, tenemos rosas, dalias, jacintos, nardos, pasionarias magnolias, geranios, horten...

—No se moleste usted—replicó Fernando sonriéndose del discurso de la vendedora, que iba enumerando flores con una rapidez vertiginosa—: quiero flores de todas clases. ¡Ah! No se olvide de ponerme muchas violetas. Por lo demás, puede prepararlo a su

gusto. Usted sabrá más que yo de esas cosas.

—Muchas gracias, señorito, por la fineza. ¿Quiere usted sentarse mientras le preparo el ramo?

Y, uniendo la acción a la palabra, le alargaba un rústico asiento.

—No; esperaré de pie. Supongo que no tardará usted mucho en terminar esa obra de arte.

—Al momento lo tendrá usted arreglado.

Fernando, mientras tanto, pensaba en su vida pretérita. Ante él, la calle de Alcalá se extendía ancha y dorada por el sol; un sol triste, mortecino, que luchaba

contra el frío y la niebla de aquel día de noviembre. Se abrochó el gabán y movió los pies. Estaba casi helado. Un viento cortante le azotaba el rostro. El invierno se adelantaba y la gran urbe no tardaría en cubrirse con el virginal sudario que fingiría la nieve silenciosa y hostil...

¡Pobre Violeta! En un principio de invierno como aquel entregó su vida llena de todas las esperanzas, cuando soñaba en felicidades próximas; y de improviso vino la enfermedad maldita, rápida, que lo arrastró todo, burlándose de los sueños y de las alegrías. ¡Siempre lo imprevisto

haciéndonos comprender que no somos dueños mas que del momento presente y que el mañana es una interrogación diabólica puesta en el libro en blanco de nuestro destino!

El recuerdo de Violeta, dormía en su corazón. Fué su primer amor intenso y puro, un amor de quince años con todo el fuego y la pureza de quien es todavía algo niño. La muerte de ella cayó como un martillazo sobre sus ilusiones, como un ascua sobre su pecho. Y después de pasados algunos años, aún seguía la herida sin cerrarse. Fiel al recuerdo de la novia hundida en la som-

bra en plena juventud, Fernando siguió rindiendo culto a la imagen amada. Y recordaba los días claros y llenos de felicidad y aquellos domingos cuando en la reja envolvía a la novia en rosas, violetas y claveles, y ella, con su nombre simbólico, parecía la reina de aquel jardín improvisado.

Fernando, en holocausto a su memoria, todos los años, en el día de difuntos, con emoción casi religiosa, alfombraba la blanca lápida de Violeta con una lluvia de flores; pero aquel año había vuelto a florecer en su alma un nuevo amor ..

—¿Está usted contento, seño-

rito? Se lleva usted lo mejor de mi puesto. ¡Vaya un ramillete que parece un arco iris!

—Si, mujer, muy bonito.

Y tomando de manos de la vendedora el ramo, pagó su importe y esperó el paso de un tranvía que le condujese a las Ventas. Como juguetes mecánicos cruzaban deslizándose por los rieles y poniendo su nota de color en la blancura de la calle; pero el que necesitaba no venía. «Todo conspira para hacernos perder el tiempo y la paciencia», pensaba Fernando. Era curioso; siempre le sucedía lo mismo; cuando esperaba una cosa, le salía al en-

cuentro otra. Lo más práctico sería vivir impensadamente, aguantando las burlas de la vida con una indiferencia de estoico.

Pero indudablemente aquella mañana era una mañana aciaga. Al fin llegó el tranvía. No bien se hubo subido a la plataforma, dióse cuenta de que en el interior del coche iba la familia de su nueva novia. No pudo ocultarse a sus miradas. Elvira misma le sonreía haciéndole señas. No tuvo más remedio que adelantarse y saludar a la familia.

Después, con naturalidad y para desvanecer las dudas de su novia, le dijo:

—Mira lo que he comprado para ti. ¿Te gustan?

Ella sonrió tranquila y contestó:

—Mal día has escogido para hacerme un obsequio de flores. Es algo macabro el regalito.

—Sí, pero eso ¿qué importa?—respondió Fernando, palideciendo un poco y continuando después de una pausa—: Las flores son siempre flores y a ti te gustarán lo mismo hoy que en el día de San Pascual Bailón.

Sonrió ella y repuso:

—No me hagas caso. Ha sido una broma. Serán esas flores un símbolo de nuestra dicha presen-

te. Para los extraños hoy es día de difuntos; para nosotros hoy es día de gloria.

Fernando, silencioso, envolvíase en la azul mirada de su novia. Y el amor nuevo, lleno de luz, adormeció el recuerdo de la muerta, en aquel día, en el único que no tenía derecho a olvidarla.

II

Como si algún peligro les amenazase, aquella tarde Elvira y Fernando se quisieron más. Hubo momentos de sentimentalismo tan extremado, que tocaban los linderos de lo cursi. Ella no se separó un momento de su novio, y cuando él se dispuso a coger el sombrero para salir, Elvira se lo impidió.

—No te vayas; quédate a comer con nosotros; hazte cuenta de que hoy es domingo.

Fernando solía quedarse a comer en casa de su novia algunas veces. No tuvo valor para negarse y accedió a la súplica de Elvira.

Aquel exceso de sensibilidad era muy extraño. El temperamento de su novia nunca habíase exaltado como aquel día.

Por fin, a las seis de la tarde, logró Fernando salir de la casa de su prometida. De nuevo había acudido a su espíritu el recuerdo de la muerta y el remordimiento de su abandono le volvió a la realidad. Rápido se dirigió al puesto de flores, siendo recibido con frases admirativas de la vendedora;

pero esta vez no quiso oír las majaderías de la vieja florista, y tan pronto como le preparó un nuevo ramillete, mandó parar al primer coche de alquiler que halló a su alcance.

—¡A escape al cementerio del Este! Buena propina si llegamos antes de que cierren.

—Me parece difícil, señoritu—respondió el auriga, que era del mismo riñón de Galicia.

—Haz un esfuerzo, hombre.

—Ya veremus, señoritu; pero creu que no llegamus.

Y sin decir una palabra más lanzó un estornudo cavernoso, marcó un fustazo en las costillas

del jamelgo y el modesto simón empezó a dar tumbos sobre el adoquinado de la calle...

. . . . . .

El cochero era hombre práctico. Cuando dieron vista al cementerio habían cerrado ya. Fernando tuvo que volverse triste, meditabundo, con una emoción indescriptible de angustia y de remordimiento.

III

Fernando sufrió aquella noche una pesadilla terrible, cruel. Vió a su nueva novia en toda su pureza de virgen. Contempló su cabeza orlada de cabellos negros descansando sobre la blancura de la almohada. Una vaga y dulce poesía flotaba en el ambiente. Una luz rosada envolvía la habitación en tonos vaporosos. Sobre el mármol jaspeado de la

mesa de noche se erguía triunfante el ramo de flores.

De repente, como esos golpes que se sienten de noche sin saberse su verdadera procedencia, los tallos de las rosas, de las dalias y de los jacintos se alargaron; las varas de nardo. como delgados áspides, salieron del *bouquet* silenciosamente y se fueron enroscando en el cuerpo de Elvira. Era una visión enloquecedora. Las flores se movían, cambiaban de lugar como seres animados. El ramo, poco a poco, tomó la forma de un pulpo gigantesco que tuviese innumerables brazos. Culebrinas de colores se extendían

por el dormitorio envolviendo el lecho, que desaparecía entre aquella red polícroma; pronto el cuerpo de Elvira se ocultó bajo aquellas serpentinas perfumadas.

El fondo del ramo parecía inacabable: seguían alargándose los tallos, y como por arte de magia surgían nuevos cálices y nuevos pétalos. De improviso, del corazón del fantástico ramillete salieron en espirales, cintas de violetas que se elevaban en el espacio, y allí se deshacían en pétalos morados y caían como una lluvia sedosa y perfumada sobre el lecho. Después se movieron por algo invisible y sobrenatural.

Fernando lanzó un grito de horror. Las violetas, como en esos misteriosos juegos nigrománticos, se habían reunido formando una calavera que reía satánica sobre el rostro inmóvil y amoratado de Elvira.

IV

Poco a poco la luz del alba deshacía las sombras.

Sonaban las campanas y el piar triste de los pájaros que temblaban de frío buscando abrigo en las ramas casi esqueléticas de los árboles.

Se oían el rodar de los coches y el sonoro tintineo de los tranvías que empezaban a cruzar el bulevar.

Fernando, intranquilo y nervioso, dejó el lecho. Se miró al espejo. Estaba pálido, envejecido, como si hubieran pasado por él algunos años.

¡Qué débil la naturaleza humana!

Una sola noche de insonmios y era lo suficiente para adquirir aquella terrosa y lívida amarillez de un cádaver.

Dos leves golpes sonaron en la puerta de su cuarto.

—Entra.

Era Pepe, su fiel criado.

—¿Que ocurre?—le preguntó.

—Es la doncella de la señorita Elvira, que desea hablar en segui-

da con usted; viene muy nerviosa.

—Pásala a mi despacho; dile que voy al instante.

Mientras terminaba de vestirse, Fernando notó que se nublaba su vista y que algo le subía del pecho a la garganta.

Con paso inseguro y vacilante entró en el despacho. La doncella lo esperaba, oculto el rostro entre las manos.

—¡Pronto! ¿Qué ha ocurrido.

Le temblaba la voz, tuvo que apoyarse en una silla para no caerse. La doncella, dando rienda suelta a su llanto e incoherentemente, repuso.

—¡Oh, señor! ¡Una gran desgracia! ¡Mi pobre, mi buena señorita, que horror!

Hizo una larga pausa la doncella, sin que Fernando se atreviese a preguntar nada y prosiguió:

—Dice el médico que ha sido una imprudencia tener la habitación cerrada con un ramo de flores dentro. Habla de un ácido que asfixia: qué se yo; lo único cierto es que mi pobre señorita ya no sufrirá más en esta vida.

Y rotas sus últimas palabras por el dolor, siguió sollozando desconsoladamente.

Fernando se desplomó sobre el asiento, perdidas sus fuerzas,

con esa emoción de terror que producen las desgracias que se han presentido y que surgen envueltas en las sombras del misterio.

EL HOMBRE DE LAS GAFAS NEGRAS

Pepe Medina vive en un piso soleado de uno de los más aristocráticos barrios de Madrid.

Supe su regreso a la villa y corte, y fuí a verlo. Tenía noticias de que algo raro le había ocurrido en su último viaje.

Llamé y me abrió la puerta su joven esposa. Después de los saludos que la buena educación impone, le pregunté:

—¿Ha pasado ya el peligro?

—Sí; gracias a Dios parece que vuelve a su estado normal.

Pepe, desde el dormitorio, me sintió. Y su voz bulliciosa y alegre resonó en mis oídos:

—Pasa, Luis.

Su esposa me franqueó la entrada, sonriendo con bondad.

Entré en el dormitorio del convaleciente. Pepe Medina se incorporó en el lecho y me tendió los brazos fraternalmente.

—Creí que te morías—le dije bromeando.

—Poco se hubiese perdido—contestó burlonamente—; pero siéntate, hombre.

Mientras cogía una silla y me

sentaba cerca de la cabecera del lecho, hubo una pausa que aproveché para decirle:

—Tengo grandes deseos de que me cuentes esa extraña y peregrina aventura de tu último viaje, La gente habla de cosas tan fantásticas que he caído en el pecado más funesto: en la curiosidad.

Pepe Medina me miró aún más burlonamente y dijo:

—El caso en sí es grotesco, de una grotesquez estúpida; pero tiene también su parte trágica. Te regalo el asunto para que hagas un cuento inquietante, con tanta fuerza emotiva como una narración de Maupassant o de

Edgart Poe. Escucha. Tú ya conoces mi vida ajetreada, de continuo cambio; mi plaza de viajante me obliga a detenerme unas veces en capitales de importancia, otras en pueblos de cuarenta vecinos, incluyendo al cura y al ama.

Sonrió y añadió después:

—En los pueblos pequeños, generalmente, una habitación sirve para dos o tres personas; tiene uno que dormir en un colchón extendido sobre el suelo y oyendo los ronquidos del vecino que descansa a pierna suelta en otro colchón a dos pasos de distancia.

Hace un mes estuve en un pue-

blo fantástico. Un pueblo pequeño, sucio, de calles estrechas, parecidas a los corredores de un presidio, si el cielo azul no hubiese puesto su clara y alegre nota sobre tanta miseria y abandono. El posadero me avisó que en mi misma habitación dormía otro viajante. Me sonreí levemente cuando el posadero me dijo lo que trabajaba: era viajante de gafas, de quevedos y de cristales para relojes de bolsillo. En fin, menos mal que no me introducía en la habitación a ningún arriero. Hasta me alegré al pensar que la óptica no estaba reñida con la lozanía del ingenio y tal vez con aquel com-

pañero se pasarían las veladas algo entretenidas.

Pepe se irguió un poco más y continuó:

—Por la noche cenamos juntos. Su conversación no era del todo desagradable, aunque algo insustancial: se quejaba del negocio, de lo mucho que tenía que moverse para colocar sus gafas y sus quevedos. Yo le hice un chiste formidable, piramidal.

—Yo creí—le dije—que los quevedos se colocarían mejor sin moverse.

No me pegó, y hasta se dibujó en su rostro una sonrisa de conejo.

Representaba tener este buen hombre unos cuarenta años. Usaba unas gafas de cristales ahumados, que le daban un aspecto de pájaro agorero. Siempre me ha inquietado hablar con un hombre que oculta su mirada.

Terminó la cena. Yo me acosté en seguida, porque a la mañana siguiente tenía que levantarme temprano para hacer un recorrido a pie por algunas fincas próximas.

El hombre de las gafas ahumadas se inclinó ante mí respetuoso, y me dió las buenas noches.

. . . . . .

Hubo una larga pausa. Luis es-

cuchaba absorto el relato de su amigo:

A media noche siento que me zarandean violentamente de un brazo. Rápido como el pensamiento me levanto, desasiéndome por un esfuerzo de mis músculos de la garra que me atenazaba.

—¿Quién va?—grito, con voz cortada por el miedo.

—No se asuste usted, soy yo—me responde la voz inconfundible del viajante.

Me acordé del refrán «Hombre prevenido vale por dos», y empuñé la pistola, por lo que pudiera suceder, y con el mechero de en-

cender cigarrillos di luz. La llama pequeña y azulada iluminó la habitación. Mi compañero se hallaba ante mí en calzoncillos. Era alto, delgado, anguloso. Me fijé en su rostro, y ¡caso extraño!, aunque no tenía las gafas puestas, los ojos no se le veían. Los párpados estaban caídos. Aquel hombre dormía de pie. Su figura, enmedio de la habitación, casi en sombras, me causó una impresión indescriptible.

—¿Quiere usted algo? ¿Qué le pasa?—le pregunté con voz suave y temblorosa.

Ni un músculo de su rostro perdió su inmovilidad. Sus ojos

seguían cerrados. Como un autómata despegó sus labios y me hizo esta pregunta incomprensible, que me acabó de desconcertar:

—¿Dónde estará mi ojo izquierdo? ¿Sería usted tan amable que me ayudara a buscarlo?

Y sin esperar la respuesta avanzó hacia mí, y cogiéndome de nuevo por el brazo me obligó a seguirle. Era tan absurdo todo aquello, que enmudecí de asombro, y sin voluntad, como un muñeco, me dejé conducir por aquel hombre, que con los ojos cerrados me guiaba. Tú imagínate a un ciego sirviendo de guía a su lazarillo. Era el mundo al

revés. Había para volverse loco.

Seguimos lentamente, con dirección a la silla que tenía colocada junto al lecho. De pronto se detuvo, y levantando en alto un vaso que hasta entonces habia permanecido sobre el asiento, me lo enseñó, diciéndome a la vez que me dejaba libre:

—Usted perdone; creí que se me había perdido; pero está aquí· Muchas gracias por su amabilidad.

Entonces fué cuando di un grito de terror; a la luz agonizante del mechero ví moverse dentro del vaso una pupila azul; la semiobscuridad en que estábamos en-

vueltos prestaba a la pupila hundida en el fondo del vaso de cristal unos reflejos mortecinos; la llama del mechero se quebraba en las paredes cristalinas del recipiente y la pupila tomaba proporciones colosales. Era un ojo enorme y siniestro que taladraba las sombras.

La excitación nerviosa de que me hallaba poseído desató mis músculos y apreté con fuerza un brazo del raro compañero. Lanzó un grito de dolor y abrió sus párpados; pero una horrible visión, superior a la primera, me hizo retroceder con indecible espanto. Un ojo azul, como el que estaba

en el vaso, me miraba absorto, estremecido, asombrado. En el lado izquierdo, donde debía aparecer la otra pupila, sólo distinguí la trágica negrura de una cuenca vacía...

Nunca olvidaré aquella figura larga, huesuda, con el estupor retratado en su rostro; un rostro inverosímil, con un solo ojo, y sosteniendo en la mano derecha el vaso, donde lanzaba reflejos azulinos la otra pupila, sumergida en el líquido.

Mi grito de espanto atrajo al posadero. Se encendieron luces. Poco a poco el hombre de las gafas se tranquilizó. Me pidió mil

perdones. Había obrado maquinalmente. Era sonámbulo. No se acordaba de lo ocurrido. Únicamente comprendió que había cometido alguna ligereza al observar mi rostro casi desencajado. Después, como si no hubiera pasado nada, se acostó tranquilamente... Ya habrás comprendido que aquel hombre tenía un ojo de cristal.

—Todo esto es extravagante, cómico, lo que quieras; pero yo, en lugar tuyo, quizá me hubiera muerto de terror.

Pepe sonrió de nuevo y me dijo, sentencioso:

—Lo extraño, lo incomprensi-

ble, no podemos resistirlo. La razón humana es débil, frágil como el vidrio y salta en chispazos de locura cuando el misterio la roza con sus alas.

Hubo un silencio. Pepe Medina temblaba y reía al evocar la trágica y grotesca aventura.

MÁS ALLÁ DEL MISTERIO

El espíritu del muerto, que ocupaba una de las células del cerebro, sintió que volvía al ser consciente bajo la envoltura de un cuerpo pequeño, delgado y gelatinoso. Poco a poco, pudo reconstruir el proceso de todo lo ocurrido desde que el corazón quedó paralizado por completo.

En la cámara fúnebre, el espíritu sintió los pasos de las personas que acercábanse con sigilo y respeto y se descubrían contritas

ante el cadáver. Oyó las oraciones bisbiseadas por las mujeres y los sollozos de la familia. Una de las veces, cuando la esposa se acercó al féretro para poner un beso sobre la frente helada del que había dejado de existir, el espíritu hizo un llamamiento a todas las energías del cuerpo; pero ni los labios pudieron pronunciar una sola palabra, ni sus músculos y articulaciones consiguieron salir de aquella inmovilidad espantosa. La materia permanecía inerte, sin movimiento, mientras el espíritu alentaba, dándose cuenta exacta de todo, pero sin medio humano para hacerse

visible, mudo, inmóvil, sin poder escaparse de aquel cuerpo muerto, y horrorizado de pensar que sería conducido al cementerio, donde lo sepultarían bajo tierra en unión de aquellos miembros fríos, insensibles, y en un reposo absoluto, tenebroso, perpetuo.

Era aquello más terrible que el suplicio de Tántalo, más cruel que el tormento de Prometeo, más monstruoso y desolado que todos los dolores de la vida, algo de tan lancinante amargura, que no podría compararse a ninguna tragedia humana. ¡El alma presa en aquel cuerpo que había de ser

pasto de los gusanos! Era tan horroroso todo aquello, que el espíritu tembló como si en aquel momento se hubiese convertido en materia.

Pero si era algo impalpable, ¿por qué no se desprendía de aquel organismo sin vida y se elevaba a los espacios puros? ¡Vano intento!; algo extraño de una fuerza prodigiosa le atenazaba y hacíale adherirse todavía más al cerebro del muerto. Percibió el ruido sordo de la caja al descender. Luego, las paletadas de tierra que hicieron crujir el ataúd, y, por último, todo ruido cesó de pronto y un silencio inenarrable

flotó sobre el espíritu empavorecido.

Un día, pasado ya mucho tiempo, la partícula de cerebro donde estaba apresado, se estremeció, y su helado contacto transformóse en una suave y grata tibieza. Era como una substancia albuminosa, húmeda, donde se disolvían compuestos cristaloides; masa granular, hialina, de gelatinosa consistencia y con tal elasticidad, que lo mismo disminuía que aumentaba de volumen. Comprendió. De la materia descompuesta se formaba nuevamente la vida celular. Surgió al fin una larva.

Ahora, el gusano, pues este era

el cuerpo pequeño y gelatinoso que le servía de cárcel, se alargaba y se enroscaba, contemplando ávidamente los despojos del cuerpo enterrado. Entonces el espíritu para huir de aquel macabro banquete, se hizo dueño de la voluntad de aquel nuevo ser y le obligó a ponerse en marcha. Obedeció el gusano, y convencido el espíritu del dominio que ejercía, pensó en librarse del encierro. Por el hueco que dejaba libre una de las pupilas del cadáver salió aquel bicho repugnante de las profundidades del cerebro.

Con espanto contempló por última vez el espíritu su pasada en-

voltura corporal, y luego, guiando siempre a su salvador, hízole salir del ataúd por la ranura de una tabla carcomida. Maravillosamente organizado, aquel ser que tan débil parecía a simple vista era resistente, y su forma de aguja le servía para deshacer los terroncillos que interponíanse cortando el paso. Pronto se introdujo por una galería admirablemente construída. La anchura de aquel subterráneo no pasaría de un centímetro. Por aquella senda se encontraron con algunas hormigas que no se atrevieron a iniciar un ataque, quizá con la esperanza de que el gusa-

no no saldría vivo de allí; mas el espíritu, temiendo una emboscada de aquellos peligrosos enemigos, instó a su salvador para que acelerase la marcha hacia la superficie de la tierra. Entre las sombras avanzaba aquel despojo del muerto, hasta que una luz intensa enrojeció las paredes del agujero, y al poco tiempo el gusano salió al aire libre, deteniéndose en el borde del orificio. Bajo el imperio del espíritu avasallador cerró los ojos, y se hizo un ovillo para descansar de aquella larga caminata.

De improviso el espíritu se despertó sobresaltado. Sintió un te-

rror inmenso. La inmovilidad de la muerte lo envolvía de nuevo. Un hombre, al cruzar por aquellos terrenos, había pisado a su libertador partiéndolo en dos pedazos. El espíritu estaba aún en la cabeza del gusano, que, separada del cuerpo, tuvo energías para retorcerse en las últimas convulsiones del dolor, y resbalando por unas piedrecillas fué a caer cerca de un rosal.

¡Horrible, horrible! Otra vez el espíritu sintió la quietud espantosa, el frío precursor de la vida que se iba yendo poco a poco de aquella miseria fisiológica.

. . . . . .

Había llovido mucho, y la cabeza del gusano convirtióse en un residuo orgánico nitrogenado. El agua, al arrastrarlo, consiguió que fuese absorbido por el ápice de las fibrillas de la planta, y ascendiendo por el cuello o nudo vital, el espíritu se colocó en el cáliz de la rosa más bella.

¡Cómo gozó entonces al verse rodeado por los pétalos perfumados y suaves!

Recordó con angustia su encierro en lo profundo de la tierra. El contacto viscoso con la materia descompuesta y aquella tenebrosa ascensión, hasta llegar a la superficie. Ahora aspiraba con

delicia la brisa grata y leve de aquella mañana primaveral; oía el canto de los ruiseñores, y cuando el sol hizo transparentar los pétalos de la rosa, el espíritu olvidó todos sus pasados sufrimientos y adormecióse, embriagado de luz, de color y de perfume.

Varios días transcurrieron viviendo feliz y alegre en el cáliz de aquella flor maravillosa, cuando una mañana sintióse zarandeado brutalmente, y un chasquido extraño conmovió la planta. Una linda muchacha cortó la flor que llevaba prendida en sus estambres el espíritu del muerto. El espíritu, antes de caer en la incons-

ciencia, tuvo tiempo de maldecir a quien le privaba de su feliz retiro.

Aquella rosa, ya marchita, quedó guardada en las páginas de un libro de versos. La niña murió al año siguiente. El libro fué vendido; mas se ignora su paradero.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

El secreto de Homúnculus.... 7

Mientras el sabio duerme..... 35

Los ojos del muerto..... 59

La venganza de las flores..... 85

El hombre de las gafas negras. 109

Más allá del misterio..... 127

COLECCIÓN MINIATURA

PUBLICADAS:

El Baile de los espectros.
Narraciones misteriosas.

EN BREVE:

La redoma de Homúnculus.

La reaparición de esta novela de Benito Más y Prat, el poeta incomparable de los *Nocturnos* y el prosista maravilloso de *La Tierra de María Santísima*, constituirá un acontecimiento literario. El nombre de Benito Más y Prat, glorioso en las letras españolas del siglo XIX, se inmortalizará en Sevilla con la erección de un monumento que ha de perpetuar la memoria del insigne literato.

Dos pesetas.